

Opiniones de combatientes españoles y una persona sobre la guerra de guerrillas restauradora

Emilio Cordero Michel (compilador)¹

Las opiniones de combatientes españoles y “una persona entendidísima” sobre la guerra de guerrillas que emplearon los restauradores que a continuación se reproducen, las he seleccionado por considerar que fueron las más importantes para describir el escenario dominicano en el que fue empleada, las peculiaridades de los dominicanos como guerreros victoriosos y su exitoso uso contra el Ejército Español. Claro está, que esos españoles no podían comprender que la táctica guerrillera no era la de mantener posiciones o combatir frontalmente contra tropas entrenadas y mejor armadas, sino hacer lo que recomendaba el general Mella en sus “Instrucciones para la guerra de guerrillas”, ya que, como ordenó el Gobierno Restaurador al general Benito Monción, en fecha 26 de enero de 1864:

“(…) mientras los dominicanos sigan observando la táctica de guerra de guerrillas, tal como se hizo al principio, serán invencibles aunque la España mande aquí 50,000 hombres, pero en el momento en que los dominicanos se aparten de ella y **quieran adoptar la táctica europea o del Ejército Español, serán infaliblemente vencidos**”.²

1. Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia, expresidente de su Junta Directiva durante el periodo 2007-2010 y editor de esta revista.
2. Gobierno Provisorio Restaurador. “Instrucciones para la guerra de guerrillas. Sección de Guerra, no. 212. Santiago, 26 de enero de 1864.



De oficiales:

General José de la Gándara y Navarro. Fue el último capitán general, gobernador y general en jefe del Ejército Español, desde el 31 de marzo de 1864 al 11 de julio de 1865, y quien más enjuició, desde el punto de vista de un derrotado oficial de carrera europeo, la táctica guerrillera empleada por los restauradores para vencer a las tropas bajo su mando. Las siguientes opiniones han sido extraídas de su obra *Anexión y Guerra de Santo Domingo*, tomo II, en las que se ha respetado la ortografía de su primera edición de 1884.³

“Nunca será bastante el cuidado y la atención que se dedique á formar idea de los accidentes físicos de esta Isla, de su despoblación; de sus distancias y de su absoluta carencia de recursos. La guerra que aquí se hace, y que es necesario hacer, está fuera de todas las reglas conocidas; el enemigo, que encuentra facilidades en todos los que son obstáculos para nosotros, las explota con la habilidad y acierto que dan el instinto y una experiencia de diez y ocho años de guerra constante con Haití”.⁴

Carta al general Benito Monción”. En Emilio Rodríguez Demorizi (editor). *Diarios de la Guerra Dominico-Española de 1863-1865*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1963, nota de p. 108 (Centenario de la Restauración de la República. Homenaje de las Fuerzas Armadas, 16 de agosto de 1863-16 de agosto de 1963).

3. José de la Gándara y Navarro. *Anexión y Guerra de Santo Domingo*, tomo II. Madrid, Imprenta del Correo Militar, 1884. Existe 2da. edición facsimilar de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Barcelona, Gráficas Manuel Pareja, 1975 (Colección de Cultura Dominicana, vol. 9).
4. *Ibidem*, tomo II, Libro X, p. 277.



“(…) Siendo escasa la población de la parte española de la Isla de Santo Domingo, no existiendo agricultura y estando situados casi todos sus pueblos en el litoral ó cerca de él se comprende fácilmente que la mayor parte de su inmenso territorio esté cubierto de los espesos bosques que la poderosa naturaleza de los trópicos produce en estos feraces terrenos. Pocos pueblos en el interior, establecidos á grandes distancias unos de otros, viviendo de sus propios recursos, apenas tienen necesidad de comunicación entre sí y no existen caminos.

Apenas merecen el nombre de vereda los que ponen en contacto unas comarcas con otras, y no se concebirá fuera de aquí, que entre Santo Domingo y Santiago, las dos principales poblaciones del territorio, no exista camino, no ya que merezca el nombre de tal, sino que preste fácil paso á una sola caballería; no hay un puente ni una barca en los infinitos ríos que lo cruzan, no hay un pie de tierra movido que facilite el acceso á las empinadas cumbres que hay que atravesar, y existen parajes como *El Sillón de la Viuda*, en donde si se encuentran dos jinetes, uno de ellos tiene que volver atrás, y gracias si puede revolver el caballo para ceder el paso al otro; y tener luego libre su camino (...).

Los mejores caminos no son más que trochas, que cortan bosques impenetrables hasta para la vista del viajero; su curso sigue la dirección que trazó el primero que pasó, y cruza á la ventura altas lomas, grandes barrancos, torrentes y ríos, siguiendo muchas veces por el mismo cauce de estos á tal extremo que acaso sea preciso desistir de intentar un movimiento (...).



Estos terrenos son generalmente el teatro de nuestras operaciones; los campos de nuestras batallas; por estos caminos tienen que marchar nuestras columnas, tienen que ir y venir nuestros convoyes y no hay flanco posible, y no hay más medio que oponer á la acometida de los rebeldes que el órden, la unión y la disciplina, y contestando el fuego á derecha é izquierda, atacar resueltamente el frente que se trata de cerrar ó la retaguardia que se trata de envolver”.⁵

“(…) Tenemos, pues, contra nosotros, un clima insalubre, un territorio despoblado, sin recursos y de grandes accidentes naturales, que dificultan nuestros movimientos, los cuales además, como he dicho antes, carecen de objeto contra un enemigo que no presenta punto vulnerable, que huye á nuestra aproximación, que nos deja el paso libre, para hostilizarnos por flancos y retaguardia, y que en fin, interrumpe cuando no corta completamente nuestras comunicaciones con admirable facilidad”.⁶

“(…) El primer obstáculo que se oponía al dominio de aquel país, casi aislado del resto de Santo Domingo, era la índole peculiar de sus habitantes. Hé aquí cómo la describe el General de las Reservas D. José E. Ariza⁷ en una Memoria que me dedicó, exponiendo sus ideas sobre

5. *Ibidem*, tomo II, Libro X, pp. 283-284.
6. José de la Gándara y Navarro. *Anexión y Guerra...*, tomo II, Libro VIII, p. 158.
7. Nota del compilador Emilio Cordero Michel. El nombre correcto es general Juan Esteban Ariza, santanista y anexionista de San Francisco de Macoris, quien con mucho orgullo y satisfacción, a finales de marzo de 1861 arrió la bandera nacional de la Comandancia de Armas de ese pueblo y enarboló la española. Ver a Rufino Martínez. *Diccionario Biográfico-Histórico Dominicano (1821-1930)*, 2da. edición ampliada y corregida. Santo Domingo, Editora de Colores, 1997, p. 38.



las operaciones militares, que creía debían verificarse por aquel lado de la Isla haitiana; decía este General: El largo espacio de veinticinco años que he vivido entre ellos, mis relaciones de familia, mi posición allí y el haberlos mandado diez años, me dan suficiente autoridad para conocerlos. Casi todos son negros y mulatos, descendientes de esclavos, por cuya razón al anexionarse el país tuve que reducirlos á la fuerza, siendo este el único punto en que hubo derramamiento de sangre...

En su mayoría son pastores ariscos. Es la más mala clase de enemigos, porque, prácticos en todos los montes, saben mantenerse en ellos con los mismos frutos naturales y silvestres; son más ágiles, más sufridos y más astutos que los dedicados a la agricultura: son hábiles en el uso de las armas por ser en general diestros cazadores, y á menudo son más valientes por la misma razón de la vida que llevan, azarosa y montaraz. Con una muda de coleta cruda, que empapan de sangre de animal para darle consistencia, pasan medio año. No llevan sombreros ni zapatos, ni más útiles y enseres que sus armas... Son desconfiados, como todos los de inmediato origen africano y sólo creen á aquellas personas que conocen mucho...”.⁸

“(...) El dominicano, sin distinción de colores ni de razas, es individualmente buen hombre de guerra; valiente y sóbrio, endurecido y acostumbrado á la fatiga, no teme los peligros y casi no tiene necesidades”.⁹

8. José de la Gándara y Navarro. *Anexión y Guerra...*, tomo II, Libro XI, pp. 354-355.
9. *Ibidem*, Libro X, p. 278.



“(…) El dominicano es hombre de un gran valor y de una extraordinaria aptitud para batirse al arma blanca en guerra de emboscadas y sorpresas, y es por consiguiente enemigo temible en una dispersión; pero no puede apreciarse en mucho como soldado, porque realmente no lo es; no ha adquirido ni la más sencilla idea de instrucción militar; no conoce el valor que la disciplina, y así como aparece diestro en el uso del machete, nada tiene de experto en el empleo de las armas de fuego, de que generalmente está mal dotado. Son, pues, los dominicanos buenos combatientes sólo para la lucha á que los mueve el valor personal inspirado por el patriotismo ó la pasión, contra un enemigo de iguales condiciones”.¹⁰

“(…) Nunca se presenta el dominicano á pecho descubierto (...). No nos ofrece flanco donde herirlo. Vive con un plátano... La guerra se ha hecho ya de raza. El espíritu que los anima y el único lazo que los une, es el odio á los españoles, persuadidos como están por los autores de la revolución de que nuestro objeto es restablecer la esclavitud. Así, al defenderse con verdadero encarnizamiento creen defender su familia y su persona”.¹¹

“(…) Dotados de gran resistencia corporal, de gran conocimiento de las localidades; prácticos para andar por sus impenetrables bosques y ágiles y sagaces como los indios, son incansables para la guerra de pequeñas partidas, con que hostilizan sin cesar las marchas de las columnas y convoyes. Siendo imposibles los flanqueos en la mayor

10. *Ibíd*em, Libro VI, p. 41.

11. José de la Gándara y Navarro. *Anexión y Guerra...*, tomo II, Libro VIII, p. 150.



parte de las ocasiones, las guerrillas enemigas ofenden con completa impunidad la marcha de nuestras tropas desde puntos escogidos de antemano, disparando cuando les conviene y huyendo por la espesura del bosque á escoger otro punto conveniente para repetir la agresión. Muchas veces, ocultos en el monte bajo el tronco de un árbol caído ó guarecidos en sus espesas ramas, ven á diez pasos de distancia desfilan una columna que ni sospecha su existencia, y el imprudente rezagado que se separa veinte [pasos] de la última fuerza reunida, es víctima segura de su machete”.¹²

“(…) El principio dominante en el modo de guerrear dominicano es atender sobre todo (como dice nuestra Ordenanza) á la libertad por la espalda, á mantener espedita la fuerza por flancos y retaguardia. La sumisión constante á este principio es posible entre aquellas gentes, por su increíble agilidad y robutez corporal, por su conocimiento práctico del terreno, por sus escasas necesidades de alimento y abrigo, por su misma soltura guerrillera y su ignorancia de toda táctica ordenada y compacta. Esto les permite extender á larga distancia su cordón avanzado, y cierto tino en la distribución de grandes guardias y escuchas, facilita con poca gente al grueso de la tropa reposo absoluto y seguridad perfecta.

Así, no bien las columnas iniciaron su movimiento sobre los cuatro radios, comenzó sobre ellas el tiroteo de alarma, que al punto se convirtió, como de reglamento, en serio y nutrido fuego de combate. De conformidad con el indicado principio, rara vez el dominicano se encierra ni se defiende en un pueblo, reducto ó posición donde pueda

12. Ibidem, Libro X, pp. 279-280. Nota al pie de páginas.



ser cercado y envuelto: se interpone audaz entre el enemigo que avanza y el objeto que quiere cubrir ó conservar; pero si, como siempre le sucedía, comprende que es vana ó costosa la resistencia al empuje arrollador del que se acerca, un instinto de conservación, en que seguramente no entra por nada el temor, le aconseja poner en la fuga el mismo empeño que en el ataque; y en un solo instante, el hombre tenaz, inmóvil, tan arraigado al suelo como el árbol que le oculta, se convierte en la fiera traqueada que se arrastra y esconde en la espesura del monte. Desde ese punto se rompen los flojos lazos de táctica y disciplina; la dispersión, tomada así como maniobra salvadora, debe ser completa, divergente, repentina, rápida; y el individuo por sí sólo, despliega todos los recursos con que la naturaleza dota al hombre campestre y primitivo”.¹³

“(…) No es fácil darse cuenta, á no haberla sufrido, de la sensación molestísima, de la impaciencia irritable y nerviosa que causa en tropas regulares, aunque sean del temple de las nuestras, ese tiroteo invisible, intermitente, inestinguible, tan pronto en la vanguardia, al volver un recodo del camino encajonado, como en la retaguardia al volver otro, como en los flancos siempre. Detenerse á contestarle sería demasiado repetido y ceremonioso; establecer flanqueos como previenen las reglas, fuera de la imposibilidad material, sería en muchos casos doblar la fatiga del soldado, que bastante lleva con andar su camino derecho. No hay, pues, más que bajar la cabeza y resignarse, dejando á los batidores que guiados por su instinto, alivien

13. Ibidem, Libro IX, pp. 187-188.



en lo posible á la a columna de esos tiradores sueltos que lleva como quien dice pegados y tenaces como insectos.

Por regla general este incidente es ordinario, constante en toda marcha por aquel país: la distinción científica entre marcha de viaje y de maniobra es allí inútil: todas son de la misma especie. El soldado añade á la fatiga la atención, el cuidado, la preocupación del combate, que en rigor no se sabe cómo empieza, ni menos cómo acaba; por consiguiente, queda consignado de una vez para todas, incluyéndolo por brevedad en el capítulo de fatigas ó molestias ordinarias, como el calor, la sed, la lluvia, aunque la suma de ellas por desgracia cause luego en las filas una merma dolorosa y estéril.

Pero ese tiroteo habitual, que ordinariamente es sostenido por escasa gente diseminada, no es monótono sino muy vario, y siempre acorde con las inflexiones y accidentes del terreno. En cuanto alguno de éstos le favorezca, y diez ó veinte hombres, con algún obstáculo natural ó artificial por delante, puedan esperar á pie, quieto la cabeza de la columna, el tiro suelto se convierte en descarga cerrada y á quema ropa, y con la perfecta seguridad de ser á mansalva, pues para eso está el bosque detrás. Por último, si el camino ofrece lo que se llama posición militar, no hay que temer que el dominicano la desaproveche: infaliblemente se le encuentra, no ya suelto, sino en tropa compacta, posesionado con todas las reglas del arte y dispuesto á defenderla con tesón¹⁴.

14. José de la Gándara y Navarro, *Anexión y Guerra...*, tomo II, Libro VII, pp. 73-74.



“(…) Como su manera especial de combatir y las circunstancias ventajosas en que lo verifican no les obligan á hacer nunca grandes resistencias, sus bajas son generalmente insignificantes y las consecuencias de la pérdida de un combate están reducidas para ellos á una carrera más ó menos larga y á una dispersión más ó menos completa, durante la cual viven á su arbitrio y roban ó merodean á su antojo (…).

La Junta no ha vacilado en copiar esos párrafos de la comunicación del Capitán General de Santo Domingo, fecha 15 de Julio, porque nadie con más elocuencia ni con más autoridad podría describir la lucha que nuestros valientes soldados están sosteniendo en aquella desventurada Antilla. Allí no asisten á esas batallas en que, aún corriendo la sangre á torrentes, se decide la fortuna de una campaña tras la que va la gloria y el descanso; allí no se sitian plazas cuya conquista proporcione la ocupación de un espacio más ó menos considerable de terreno; allí no se adquiere el renombre que procuran los combates obstinados en campo abierto y á la vista de todo un ejército; en Santo Domingo se pelea con enemigos invisibles y se persigue á fantasmas; que al ser empujados por las balas y las bayonetas de nuestros soldados, no dejan á éstos ni solaz ni reposo en el suelo que pisan, único que logran dominar después de fatigas sin cuento y privaciones de todo género...”¹⁵

“(…) Los recursos militares de los rebeldes son bastantes limitados. Sin parque, sin almacenes, sin plazas y sin artillería, puede considerarse al enemigo reducido á la

15. Ibidem, Libro X, pp. 279-280. Nota al pie de páginas.



condición de un pueblo primitivo que saca sus fuerzas de su propia debilidad. Invulnerables siempre, sin centro ó punto que constituya su fuerza, y en donde pueda ser acometido, disperso en la inmensa extensión de su territorio, es apto para acometer en todas partes, bastándole para ello un machete y su fusil, de que no está desprovisto un sólo dominicano por consecuencia y hábito de sus antiguas y prolongadas guerras.

En la actualidad podrán disponer de algunos malos cañones distribuídos entre Puerto-Plata, Santiago, Moca, Matanzas y Guayubín; y aunque tengan suficiente número de fusiles, este armamento en general es desigual y malo, no careciendo por ahora de municiones, que reciben de Haití, con mayor ó menor dificultad y con mayor ó menor tolerancia de aquellas autoridades.

(...) Se dirá que si hay ganado y plátanos para los habitantes del país, debe haberlos también para el ejército; casi parece natural, y, sin embargo, no lo es. Las tropas no dominan más que el terreno que pisan, y como á las inmediaciones de los caminos no están por lo general las haciendas, no pueden contar con los frutos cultivados.

Los ganados están en las grandes sabanas y en comarcas por lo general distantes de los puntos que ocupamos, á donde no se pueden mandar pequeñas partidas sin grave peligro. Irlos á buscar en grandes fuerzas es muchas veces imposible, otras inconveniente y siempre de escasísimo resultado, porque el ganado semi-salvaje se espanta y huye, y nuestros soldados son poco diestros para perseguirlo y cazarlo en el bosque, en medio del constante tiroteo que



acompaña siempre á estas operaciones, en que los naturales defienden con encarnizamiento su mayor y más estimada riqueza”.¹⁶

Capitán Ramón González Tablas. En octubre de 1863 vino al país desde Cuba en el Batallón de Ingenieros. Luego comandó el Regimiento de Nápoles y participó, siempre al frente de sus soldados, en numerosos combates con los guerrilleros restauradores hasta que el derrotado Ejército Español abandonó el territorio nacional, el 12 de julio de 1865. Publicó sus experiencias bélicas en la obra *Historia de la Dominación y Última Guerra de España en Santo Domingo*,¹⁷ de la que el editor extrajo las siguientes opiniones:

“¿Qué es la isla de Santo Domingo? La isla de Santo Domingo es un terreno áspero, salpicado de montes unidos entre sí por pequeñas cordilleras, no por cierto vírgenes, pero sí montes de América, lo cual quiere decir mucho para el que los ha tenido que atravesar con la brújula siempre en la mano, a causa de que lo espeso del arbolado, unido al entrelazamiento de los bejucos y enredaderas, no dejan al que traza una vía otro horizonte que el circunscrito a veinte metros de radio y poco acaso quiere decir el que no haya tocado las dificultades que opone la vegetación a la marcha de frente de sólo diez hombres, y suponiendo que a fuerza de valor, de constancia y de pertinacia penetre de

16. *Ibidem*, Libro X, pp. 281-282.

17. Ramón González Tablas. *Historia de la Dominación y Última Guerra de España en Santo Domingo*. Madrid, Imprenta a cargo de Fernando Coe, 1870. Existe 2da. edición de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Barcelona, Gráficas Manuel Pareja, 1974. (Colección de Cultura Dominicana, vol. 6).



repente un ejército en ese dédalo enmarañado: ¿a dónde quedará la base de operaciones, y por consiguiente por dónde podrán llegar los aprovisionamientos y relevos de una manera regular y segura, sin lo que nada sólido puede lograrse?”¹⁸

“(…) El sistema de guerra que adoptaron los dominicanos (...) fue el que se llama de guerrillas y emboscadas, cuyo principal papel está reservado a la infantería.

Si en todas partes es este sistema funesto para el invasor, en ninguna lo puede ser tanto como en Santo Domingo, que puede asegurarse que es un bosque continuado de portentosa frondosidad. Emboscados los enemigos a orillas de las sendas que a uno y otro lado están cerradas por altísimas paredes de follaje, esperaban seguros el paso de las tropas, elegían impunemente sus víctimas, disparaban sobre ellas y se deslizaban por la espesura.

Al principio era de un efecto terrorífico aquello de que marchando una columna se oyese un tiro que parecía escapado y se supiese que había matado a un jefe u oficial. Era en verdad imponente para una tropa que marchaba en son de guerra, con las debidas precauciones, el experimentar sensibles pérdidas por los disparos de enemigos que jamás se dejaban ver. (Conocemos de varios jefes y oficiales que habiéndose hallado en diversas acciones de guerra, no consiguieron jamás ver a un enemigo)”¹⁹

“(…) Pues estos individuos (...) eran temibles por el conocimiento de los montes, de las sendas y de los vados

18. *Ibidem*, p. 389.

19. *Ibidem*, pp. 210-211.



y sabiendo lo que en ellas valían y de lo que eran capaces, no la abandonaban [la táctica guerrillera]”.²⁰

“(…) Sin otra instrucción que saber malamente cargar y disparar; sin otro armamento que el que cada cual puede facilitarse, a excepción de algún que otro caso muy raro, en que el gobierno podía repartir para muchos miles de hombres, algunos cientos de fusiles que regularmente sirvieron a otras naciones, y fueron desechados por inútiles. El soldado dominicano no conoce el uniforme, se presenta como estaba en sus tareas, que generalmente es destrozado, descalzo y por todo morrión un mal pañuelo atado a la cabeza. Mucho menos conoce el uso del correaje ni de la mochila; gasta una especie de esportilla, que llama *macuto*, que con una cuerda a modo de asa, cuelga del hombro izquierdo. En aquella especie de zurrón o morral, lleva todo su ajuar de campaña; el tabaco, la carne, los plátanos, alguna prenda de ropa, si por casualidad tiene, y los cartuchos; todo va allí revuelto”.²¹

“Es bueno recordar que los restauradores, además de utilizar la guerra de guerrilla contra el Ejército Español, también emplearon la guerra económica, la táctica de la tierra arrasada, de la tea, que consistía en no dejarle al enemigo nada, absolutamente nada, que pudiera utilizar o le sirviera para su alimentación alojamiento o transporte. Por eso, cuando se retiraban de una zona destruían todo: cultivos, mataban los animales domésticos que no se podían llevar, bohíos, ranchos, almacenes, e incendiaron Santiago, gran parte de Puerto Plata, Monte Cristi, Barahona, San

20. Ramón González Tablas. *Historia de la Dominación...*, p. 212.

21. *Ibidem*, p. 40.



Cristóbal, parte de Baní, Azua, Neyba y todos los villorrios por los que pasaban cuando retrocedían para provocar que los españoles los persiguieran y emboscarlos o alejarlos de sus fuentes de abastecimiento”.²²

El capitán González Tablas fue bien explícito al referirse a la táctica de la tierra arrasada y de la tea:

“(…) ¿En qué lugar, con poco coste y con ventaja de la fuerza material y moral podrán descansar los fatigados, cuidarse los heridos y organizarse los recién llegados, sean éstos procedentes de las otras Antillas o bien del ejército de la Península? Por ninguna parte y en ninguna, preciso es decirlo, absolutamente en ninguna, porque dejándose indefenso todo lo que le queda a la espalda de este ejército valiente que avanza, podrá apenas llegar a su noticia cuando logre sin duda pisar victoriosa la frontera haitiana, que el camino que vienen de recorrer tiene por metas sucesivas o por etapas los ceniceros en que han dejado las ciudades que vivían todavía a su frente, por la sola influencia de la ofensiva en la lucha inicial, ofensiva que es en esta ocasión sumamente precaria”.²³

“(…) Mientras en Santo Domingo no se adopte un plan de campaña, igual o asimilado al del enemigo, llevamos la probabilidad de perder. En muchas ocasiones, si no fuese por un atrevido corneta que toca ataque, o un viva a España del soldado, al parecer, más raquíco, o un oficial que,

22. Emilio Cordero Michel. “Características de la Guerra Restauradora”, 1863-1865. En Juan Daniel Balcácer (editor). *Ensayos sobre la Guerra Restauradora*, 2da. edición. Santo Domingo, Editora Búho, 2007, p. 281 (Comisión Permanente de Efemérides Patrias 2004-2007, vol. no. 23).
23. Ramón González Tablas. *Historia de la Dominación...*, pp. 281-282.



desesperado y aburrido, todo lo arrostra porque comprende perfectamente los errores que se cometen, es seguro que algunas desgracias más tendríamos que lamentar (...) sin que eso de que el enemigo ha quedado escarmentado y disperso tenga valor alguno, a no ser que se comprenda en sentido inverso, pues disperso siempre lo está, y ese es su verdadero sistema de batirse (...).²⁴

Opiniones de soldados

Están contenidas en dos cartas de soldados del Ejército Español. La primera fechada en Puerto Plata, el 26 de septiembre de 1863, es de un integrante de los regimientos españoles comandados por el coronel Mariano Cappa, que fueron de Puerto Plata a Santiago a rescatar a las tropas del general Manuel Buceta que estaban sitiadas en la Fortaleza San Luis por los restauradores, en la ciudad totalmente arrasada por el incendio ordenado por el general Gaspar Polanco.

Esas columnas, que fueron constantemente atacadas en su marcha hacia Santiago y a su regreso junto a los soldados y oficiales rescatados y decenas de ciudadanos españoles y familias dominicanas anexionistas y españolizadas que abandonaron la ciudad, sufrieron nuevamente los ataques guerrilleros de los restauradores por el frente, flancos y retaguardia en los trillos, barrancos y vados de ríos, rodeados de montes por los que marcharon hasta llegar a los Llanos de Pérez y la ciudad norteña, el 15 de septiembre de 1863. Es a esos terribles ataques de fuego de fusileros ocultos y cargas al machete a los rezagados, a los que se refiere su autor.

24. *Ibidem*, pp. 393-394.



Primera carta²⁵

“Puerto Plata, 26 de septiembre de 1863.

Mi querido K... :

Extrañarás que ni una broma se me ocurra en esta carta conociendo mi carácter, que aun en grave peligro de morir, me he reído hasta de mí mismo. Pues bien; ya no me río. Aquí sólo se piensa en morir. Esto es cien mil veces peor que nuestra guerra civil, que Sebastopol y que todo; basta saber que en media hora de fuego perdió el batallón de Isabel II diez y nueve oficiales y el de la Corona trece.

Si preguntas por la segunda compañía del batallón de San Quintín, te dirán que se ha mudado de barrio; sólo quedó el subteniente D. Juan Rueda, y eso porque estaba en Puerto Plata; los demás están comidos de los cerdos en Guayubín. De la tercera del mismo batallón sólo quedó el subteniente Uria porque también estaba en Puerto Plata; los demás ya están en Moca. La primera de Isabel II sólo tiene 20 hombres, los demás han muerto.

Nuestros soldados en todas partes se baten con un valor admirable, pero en cuanto quemán el último cartucho mueren. Aquí no vale el valor ni nada, porque nos batimos con los árboles. Me explicaré: el terreno está cubierto de una vegetación imposible de describir. No hay caminos, se anda por los cauces de los ríos, de monte en monte y de precipicio en precipicio. Todo el país es un desfiladero. Pues bien; sale una columna y se le echan encima trescientos o cuatrocientos hombres, que conocedores del terreno y

25. Publicada en el periódico *La España*, Madrid, 20 de noviembre de 1863. Reproducida por Emilio Rodríguez Demorizi (editor). *Diarios de la Guerra Dominico-Española...*, pp. 104-107.



parapetados en los inmensos árboles, hacen fuego por los flancos, por vanguardia y por retaguardia.

Te ciñen en un círculo de fuego que si avanzas, avanzan; si retrocedes, retroceden. Detrás de cada árbol hay un fusil que vomita la muerte. No hay momento seguro. Oyes silbar las balas y no sabes de dónde vienen. De este modo andas cuatro o cinco leguas, esto es horroroso, K... Nosotros hacemos fuego a los árboles y a veces tiramos de un lado y no reparamos que las bajas nos las causan de otro. Nosotros nos hemos batido tres veces. La primera anduvimos cuatro leguas a balazos. La segunda lo mismo.

La tercera tuvimos fuego desde las ocho de la mañana hasta las dos de la tarde; entre el Rey y la Unión quemamos 14,000 cartuchos y se nos venían encima como lobos: ha sido el único día que los hemos visto, y gracias a algunas cargas a la bayoneta los hicimos huir. Mi compañía los cargó una sola vez y no copamos cuarenta o cincuenta porque el comandante R. no quiso, pero los dominicanos no nos esperan, huyen al monte y desde allí nos asesinan.

El monte es tan impenetrable, que al darse una carga general de toda la brigada, duró diez minutos la matanza y sólo pudimos entrar en el monte unos cien pasos. Por último, aquí no se bate uno, lo que se hace es morir, te repito. Hay más; hemos descubierto que hay algo peor que morir; figúrate que los heridos se recogen hasta que se llenan las camillas; después el que cae, cayó y allí se queda. Por supuesto en cuanto pasa la columnas los despedazan y los hacen trizas.

Un día que se ahogaron de calor y de sed ocho cazadores, puedes figurarte cómo iríamos los demás, y el que se iba ahogando y ya no podía hablar lo que penaría y



padecería. Yo iba reventando y decía: “Ahora me acabo de cansar; tengo que quedarme, y antes de cinco minutos me han degollado”. Figúrate que vas a la cabeza de tu compañía y cae herido un soldado y te grita con voz desencajada: “Mi teniente, por Dios, que me peguen un tiro y no me dejen por su madre”, y tienes que volver la cabeza y seguir: ¡Ah! K. . . que horrible es eso!

No quiero hablarte de la toma y defensa de Santiago de los Caballeros: mil hombres entran a la bayoneta en una ciudad defendida por ocho mil, y ardiendo todas las casas, y allí entre llamas y humo y bayonetas entran en el pueblo sufriendo la metralla a boca de jarro; toman los tres fuertes llamados *Dios, Patria y Libertad*. Rompen por medio de la línea enemiga, y entran, por último, en el fuerte de San Luis (...), donde hacía quince días que mil trescientos hombres españoles se sostenían sin víveres de los ataques de los ocho mil dominicanos.

Esa toma del pueblo, llevada a cabo por un batallón de la Corona y el de Isabel II, después de haber andado veintidós leguas en cuarenta y ocho horas, no tiene igual. Entre los episodios de esa toma figura el siguiente: de una casa molestaban mucho a la columna; se avanza una mitad con un oficial a tomarla a la bayoneta; se traba dentro de la casa un combate sangriento entre los treinta soldados de Isabel II y los cien dominicanos. Ni los unos ni los otros ceden, y el fuego de las casas inmediatas se comunica a la del combate, y éste no cesa.

Por último, el fuego envuelve la casa y se inflaman los cartuchos de las cartucheras, y entre las llamas y la inflamación de la pólvora sigue aquel combate fantástico e infernal, y aún lucha pecho a pecho, y bayoneta a bayoneta.



Allí murieron los unos y los otros, y a los que respetaba el plomo los exterminó el incendio. El oficial que mandaba esta mitad se llamaba F... Se horroriza uno oír contar esto a los testigos presenciales: en esta toma murió Anselmo Salvador, a machetazos, abrazado a un cañón.

Terminaré diciéndote que la mayor parte entraron en el fuerte de San Luis a la desbandada y habiendo arrojado los cartuchos por miedo de que se incendiasen y todos chamuscados; ésta fue su triste situación. En la toma quedaron treinta oficiales y trescientos soldados. Reunidos en el fuerte los batallones siguientes: 2º de la Corona, Isabel II, Vitoria y restos de Cuba, San Quintín y Madrid, componiendo todos unos dos mil hombres se sostienen ocho días sin víveres: para comer, el que tenía hambre bajaba al pueblo, y entre el incendio (pues el pueblo hoy no existe y tenía diez mil almas) se conquistaba a bayonetazos y balazos, ora una botella de Ginebra, ora un jamón o lo que pillaran.

Bajaban cuarenta o cincuenta al pueblo y volvían quince o veinte, trayendo entre todos un jamón, una lata o cosa semejante, y ¡oh virtud de los soldados españoles! en vez de comer lo que compraban con sangre, se lo daban a unas quinientas mujeres y ancianos que se habían refugiado en el Fuerte. Un río pasaba cerca del Fuerte y bajaba por agua una columna de doscientos o trescientos hombres; subían cuarenta barriles, pero dejaban cuarenta muertos, y entregaban el agua a las mujeres y ancianos sin necesidad de mandato. Pero vas a oír más. Ya la gente no comía más que arroz cocido sin sal ni grasa, cuando se acuerdan de que existen en el Fuerte algunos barriles de harina y deciden hacer una hornada.



Todavía había algunas casas en pie, y entre ellas una que tenía un horno. Se nombra una columna que baja al pueblo, toma la casa a la bayoneta, y mientras los unos amasan y cuecen el pan en el horno, los otros hacen fuego nutrido por las ventanas y puertas; por fin se retiran trayendo trescientos y pico de panes: han dejado cien hombres; pero traen pan para las mujeres; en cambio ellos comen arroz crudo. Sólo España produce esos soldados. Podría retratarte mil episodios de Santiago de los Caballeros, Guayubín, Moca, etc.; pero necesitaría una resma; sólo te hablaré del modo milagroso de salvarse el brigadier Buceta.

Había salido de Guayubín con treinta cazadores de San Quintín al mando del subteniente don Braulio Ordóñez y treinta granaderos al mando del subteniente Cárdenas, cuando fue atacado por fuerzas mucho mayores. Aquellos dos valientes oficiales se dirigen al brigadier y le dicen: “Sálvese usted, que estos sesenta hombres morirán aquí mientras usted se retira”. Buceta debió haber muerto con ellos; pero aceptó, y tirando la levita se metió por el monte mientras los dos oficiales y sesenta hombres morían en sus puestos: cumplieron su palabra (en paz descansen): allí quedaron todos, quemaron sus cartuchos, y sólo se salvó un cazador en mangas de camisa, que pasando mil trabajos llegó a los dos días a Santiago, y fue el que contó que aquella gente cayó abrumada a balazos sin dar un paso atrás.

Voy a acabar de contarte la suerte de la columna de Santiago. Se sostuvieron en el Fuerte sufriendo el fuego de fusil y cañón de los ocho mil insurgentes, hasta que ya sin víveres y casi sin municiones trataron de retirarse. Sabido por los sitiadores les mandan a decir que si entregan las armas les dejarán pasar sin molestarlos, y que se harán



cargo de los heridos. Al saber tamaño atrevimiento, los soldados prorrumpieron diciendo: “Primero entrego el alma que la carabina”. Entonces se mandó al comandante Velasco a decirles que están decididos a dos cosas: primero a conservar sus fusiles mientras hubiera manos con qué llevarlos; y segundo a salir a toda costa.

Los dominicanos prenden a Velasco, a pesar de su carácter parlamentario, y mandan un pliego diciendo que pueden salir como quieran, que no serán molestados y que cuidarán los doscientos heridos. En efecto, quedaron allí, y la columna salió con sus banderas desplegadas y batiendo marcha, pero apenas habían andado algunas leguas cuando empezaron a hacerles fuego y es de suponer que degollarían a los heridos y con ellos a Velasco y al teniente Lozano que le acompañó al parlamento. No puedo ser más largo. Hoy salen dos mil hombres para Santo Domingo, y aquí nos quedamos sin gente hasta que vengan los ocho mil que manda el gobierno. Siguen los dominicanos cometiendo más tropelías; pero también se les zurra, pues ya se les va entendiendo”.

Segunda carta²⁶

La segunda carta, sin fecha, debió ser escrita a inicios de 1864, porque su autor señala que se rumoraba que el general José de la Gándara y Navarro iba sustituir al general y capitán general Carlos de Vargas y Cerveto,

26. Publicada en el órgano del Gobierno Restaurador, *Boletín Oficial*, no. 11, del 11 de julio de 1864. Reproducida por Emilio Rodríguez Demorizi (editor). *Actos y Doctrina del Gobierno de la Restauración*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1963, pp. 104-107 (Academia Dominicana de la Historia, Centenario de la Restauración de la República, vol. XV).



cosa que ocurrió el 31 de marzo de ese año. Esta misiva tiene la rareza de que fue publicada, el 11 de julio de 1864, en el *Boletín Oficial*, órgano del Gobierno Restaurador presidido por el general José Antonio Salcedo (*Pepillo*), lo que evidencia que pudo ser capturada por los patriotas si su autor murió, cayó prisionero o fue herido y la llevaba consigo, o a uno de los correos españoles igualmente apresado, herido o muerto. Este es el texto:

“Aprovecho el pequeño descanso que tenemos para escribirte y darte nuevas de esta célebre campaña, que en nada se parece a la que hicimos en Marruecos.

Vaya, que el jaleo éste es capaz de fastidiar a un santo. –Ya vamos para allá, ya volvemos, y nunca vemos el resultado de tantas fatigas, de tanto gasto, y de tantas bajas de toda especie.

El diablo me lleve, si yo le veo término a esto. Estos malditos indios no se les ve nunca; tan pronto están aquí como se desaparecen, y cuando nosotros hemos creído que han sido derrotados, se aparecen tirando que es un gusto. Y cuenta que no son malos tiradores. No parece sino que los malditos han pasado toda su vida cazando, pues donde apuntan, Jesús, no hay más que santiguarse; ahí tiene Ud. el hombre tendido cuan largo es. Y eso que no están todos armados, y que las armas que tienen, con excepción de las muchas carabinas que nos han tomado, y no prestadas, son malas. ¿Qué será, pues, el día que a esos pillos les lleguen las buenas armas de precisión?

Tú sabes que al militar le gusta la guerra, puesto que así asciende, y adquiere honores, pero te aseguro, bajo palabra de caballero, que ésta tiene mala cara.



¿Cuándo llegaremos a pacificar un país tan vasto, cortado por todas direcciones de montañas y desfiladeros; poblado de una maldita canalla que tan bien vive en los montes, como en un palacio; que conoce el terreno como tú conoces tu dormitorio, mientras que nosotros no podemos tener completa confianza en ninguno de los que brindándosenos como amigos nuestros se les ve en el semblante el deseo incesante de que demos en cualquier celada, y que darían la mitad de la vida porque el diablo nos llevase a todos?

Y esto sería nada, si tuviéramos buenos oficiales superiores, pero chico, cuánto maula!, cuánto malandrin!, no parece sino que son militares de teatro. Lo mismo ha hecho Vargas que Ribero; y como estos dos, así hará Gándara, que según voces reemplazará al último.

No queda más recurso de esperanza, sino que esos pillos se dejen embaucar, pero parece que tienen el diablo metido en el cuerpo; no muerden el anzuelo ni por ésas. En estos días el insigne Alfau escribió una carta al llamado Manzueta, y ya tú habrás visto la respuesta, de hacer salir los colores a la cara. El Sr. Arzobispo no fue más afortunado. Este no debió hacerle sonreír la respuesta que le dieron.

El nunca bien ponderado Santana no ha sido más feliz. Este animal se ha reducido a su primer condición; ha vuelto a pastorear sus ganados, después de haber pastoreado a los dominicanos como verdaderas ovejas, hasta que logró venderlos.

¡Pero C°, qué mala compra hizo nuestro Quijote moderno, el insigne O'Donnell de sempiterna memoria, y qué carito va costando la tan ensalzada anexión! –Vive Cristo, que si las otras que el bendito Ministro se proponía



Opiniones de combatientes españoles y una persona sobre la guerra...

efectuar, hubieran salido como ésta, ya tenía su cuenta la infeliz España. ¡Vaya un Ministro, chico. Qué buena pareja haría con su socio Siño Santána!²⁷

En fin, mi buen amigo; las calenturas, los bichos, los rámpanos, como aquí llaman, las balas y los machetazos de esa canalla, darán buena cuenta de nuestro brillante ejército.

Consérvate y ruega a los santos de tu devoción por el alma de tu amigo, que en esta campaña de seguro va a perder la pelleja”.

Opinión de una persona

Para completar las opiniones españolas sobre la táctica de la guerra de guerrillas usada por los restauradores contra las tropas anexionistas, “una persona entendidísima dirigió la siguiente carta [anónima], escrita sobre el terreno donde ha de operarse,” al periódico *El Contemporáneo*, Madrid, 26 de abril de 1864:

“Proyecto sobre el sistema de guerra que debe adoptarse contra los rebeldes de la Parte Española de Santo Domingo²⁸

Santo Domingo [sin fecha].

La guerra de Santo Domingo ha tomado proporciones colosales, y en este caso es necesario buscar los medios

27. El menosprecio y la dureza con que Santana era tratado por sus propios aliados, los españoles, corresponde a la violencia con que él empezó a tratarles tan pronto como se dio cuenta del fracaso de la Anexión. Nota de Emilio Rodríguez Demorizi. (editor). *Actos y Doctrina del Gobierno de la Restauración...*, pie de p. 145.
28. Publicado en el periódico *El Contemporáneo*, Madrid, 26 de abril de 1864. Reproducido por Emilio Rodríguez Demorizi (editor). *Diarios de la Guerra Dominico-Española...*, pp. 110-115.



que sean más a propósito emplear para terminar con éxito ventajoso. Sabido es que los dominicanos tienen valor personal, y que ayudados de sus impenetrables bosques y de sus ásperas y formidables cordilleras, sólo factibles a sus encallecidos pies, hacen una terrible ofensa desde el interior al exterior de aquellos, con un sistema de guerrillas y emboscadas sin que apenas sea posible molestarles, pues si en algún punto accesible perciben el brillo de nuestras bayonetas, huyen a sus madrigueras dejando defraudadas las esperanzas de un triunfo seguro a nuestros valientes, y es esto tan cierto, que desde que se han organizado nuestras columnas, ni una vez han tenido lugar de ver la cara de los facciosos, y sí la espalda que presentan siempre al primer ataque de las bizarras tropas de S . M. Divididos y ocultos los rebeldes entre las espesas malezas de un país que no tiene caminos y muy escasas poblaciones, se hace de todo punto imposible una victoria de resultados o decisiva.

Los rebeldes dominicanos, hombres de escasas necesidades en general, los más descalzos y medio desnudos, amamantados en la guerra que por espacio de tantos años han venido sosteniendo, se mantienen con los frutos del país, la caña, el casabe, el boniato y los plátanos; lo que unido a las bondades que este clima les dispensa, les da una ventaja inapreciable sobre el soldado europeo, que tan pronto se enerva con los rayos abrasadores de esta tierra tropical.

La historia ha demostrado tristemente la verdad de lo que queda dicho, y el valiente ejército francés, no ha muchos años, dejó aquí sepultados muy cerca de cuarenta mil hombres. España con las posesiones de Cuba y Puerto Rico, donde organiza sus batallones, donde tiene sus



hospitales, de donde recibe las provisiones de guerra y boca para los ejércitos de mar y tierra, cuenta con elementos preciosos para obtener un seguro resultado; pero siempre muy costoso en hombres y dinero, y este país nunca podrá dar una compensación que haga merecer aquellos.

El pueblo dominicano carece de elementos para su prosperidad; su población no pasará apenas de doscientos mil hombres; el carácter de sus habitantes se resiente de su indolencia habitual; su vida guerrera y la penuria de los gobiernos, que han tenido que sostener por muchos años guerras civiles y extranjeras, ha contribuido a que se resintiera su educación, desconociendo y rechazando toda idea civilizadora. Esto explica el porqué, un pueblo que juró ser fiel, quebrantó tan pronto sus juramentos, alzándose en rebelión contra la excelsa Reina que les tendiera su manto protector.

El porqué más tarde no supo comprender la generosa amnistía que debiera poner término a las lágrimas de un pueblo extraviado por unos cuantos caribes sedientos de riqueza y de mando, y el porqué hoy forma temeraria resistencia contra una nación, harto poderosa para sofocar y castigar el cinismo de esos salvajes revolucionarios, que para justificar su rebelión inventaron que se les trataba de esclavizar, sin comprender que jamás nuestro gobierno sería capaz de faltar a sus sagrados votos; pero, sí lo comprendían; la enseña que los facciosos proclamaron, es la de incendio, sangre y robo, y que esto es cierto lo evidencian los hechos de Guayubín, Moca, Santiago, Puerto Plata, Baní, Azua, Macorís y Barahona.

Unos cuantos que, con escandalosos manejos, lograron alcanzar en el gobierno de la pasada república una mediana



posición, acostumbrados al pillaje y monopolio,²⁹ no podían avenirse al actual orden de cosas, que ponía freno al desbordamiento de sus bastardas pasiones, y con insidiosas especies, han contribuido a establecer la desconfianza en las masas, demasiado atrasadas para tener conciencia propia de aquello que les impusieran, los que en época no lejana, estaban acostumbrados a mirar como sus jefes naturales y a los que, de grado o por fuerza, debían ciega obediencia.

El General Mella,³⁰ uno de sus más distinguidos corifeos, acababa de circular una proclama a las masas rebeldes; y conocedor del país concluye recomendándoles la resistencia y haciéndoles presente, que ésta, y la espesura de sus montes, y el clima tropical se encargarán muy pronto de dar cuenta de las tropas españolas. Lo que el General Mella dice a su gente, es hasta cierto punto la verdad, que hasta hoy lo demostró la experiencia. La poderosa nación española hará ver al faccioso Mella y sus secuaces que aquella verdad no es absoluta, y que cualquier camino que la primera adopte, sabrá conducirla al triunfo. ¿Pero cuál será el camino mejor y menos costoso que debe encaminarla a la victoria?

La guerra debe reducirse a fortificar y guarnecer los puertos del litoral de la parte N. y S. de la isla, o sean en el S. Santo Domingo, Azua y Barahona, y en el N. Samaná, Puerto Plata y Monte-Cristi. En cada uno de dichos puntos se considera suficiente, uno con otro mil infantes, excepto la

29. "Notoria exageración. El pueblo dominicano siempre gozó fama de honrado". Emilio Rodríguez Demorizi (editor). *Diarios de la Guerra Dominico-Española...*, Nota de p. 111.
30. "Refiérese al general Ramón Mella, héroe del 27 de febrero de 1844". *Ibidem*. Nota de p. 112.



capital que pudiera guarnecerse con dos mil, formando un total de siete mil. En artillería debe haber profusión y lujo en el gasto de toda clase de municiones, haciéndoles sentir nuestro peso en el caso que intentaran atacar cualquiera de dichas plazas fortificadas, lo que no es fácil de esperar.

Se hace también necesario una sección de ingenieros o zapadores en cada uno de los seis puntos fortificados y artillados. La guarnición pudiera cubrirse con un batallón de cada regimiento, teniendo el otro en Santiago de Cuba o Puerto Rico, adonde se remitieran los enfermos, tan pronto se presentase rebelde o reincidente cualquier padecimiento que se considerase de gravedad, cubriéndose en el acto la baja. Este sistema conservaría la vida del soldado en cuanto es posible en este clima insano, y tendría siempre al completo la dotación fijada a cada guarnición. Los batallones de un cuerpo pueden relevarse entre sí cada año y cada dos los segundos participando por igual de los peligros o glorias que les quepan en esta Isla.

La ración de campaña, sin motivo que la aconsejara, pudiera en bien de la renta pública suprimirse. Los cuerpos que tendrán un batallón en Santiago de Cuba o Puerto Rico, se proveerán de los mismos almacenes que éstos, y por pérdidas o mermas de sus provisiones al trasladarse, se les pudiera señalar una gratificación. Los trasportes debieran ser por cuenta del Estado, y destinando dos vapores cruceros, uno al N. de la isla y otro al S., en viajes periódicos mensuales, prestarían cumplidamente el servicio que demandase cada uno de los puntos fortificados. Después de esto un bloqueo por mar bien atendido, daría ventajas de inestimable aprecio.



Las bahías, puertos y radas que con esmero importa vigilar, son: por el S. Neyba, Ocoa, Baní, Calderas, Romana y Macorís, y por el N. Matanzas, Cabarete, Souflet, Sosúa, Puerto Caballo, Punta Rusia, Manzanillo y Puerto Presidente. Los buques más a propósito para este servicio, según el sentir de los marinos, son los vapores de fuerza de trescientos caballos y las goletas de hélice, estimando necesarios unos doce para reemplazarle y dejar siempre cubierto el servicio de ambas costas de la isla. Si fuere posible constituir depósitos de carbón en todos los puntos fortificados, el servicio estaría mejor atendido, no teniendo que abandonarlo a cada momento, como hoy sucede, para ir demandando aquel combustible de puerto en puerto.

En el sistema que se propone, entra por mucho una decidida y esmerada vigilancia sobre Haití, y especialmente sobre el puerto de Guarico y pueblos de Capotillo, Juana Méndez y demás fronterizos con dicha isla. El pueblo haitiano simpatiza con los revolucionarios dominicanos, por razón de interés y de raza, y el gobierno haitiano, que teme más al vecino poderoso de hoy, que al débil que ayer tenía, y que ambiciona ensanchar los límites de su estrecho territorio, al mismo tiempo que teme perder los cinco pueblos que injustificadamente está ocupando, por muchas protestas oficiales que haga,³¹ es indisputable que extraoficialmente ha protegido, protege y protegerá

31. Nota del compilador Emilio Cordero Michel. Los pueblos a los que se refiere el autor fueron ocupados por Toussaint Louverture a nombre de Francia, antes de la firma del Tratado de Basilea de julio de 1795 y después en 1801, y por Jean Jacques Dessalines, en 1805, a nombre de la República de Haití. Entre otros pueblos y villorrios ocupados los cinco más importantes fueron: Hincha (actual Hinche); San Rafael de la Angostura (actual Saint-Raphaël); San Miguel de la Atalaya (actual



a los facciosos dominicanos. Una policía secreta en los principales puntos de Haití y pueblos fronterizos, y un buque de guerra en Puerto Príncipe, daría por resultado impedir la protección que por esta parte se dispensa a la facción. Y si así no se consiguiese alguna medida violenta sobre la capital de Haití haría alcanzar por fuerza lo que había negado con mala fe.

En las Islas Turcas y Santomas, de donde se provee la revolución de esta isla, fuera muy conveniente ejercer la más activa vigilancia, y para obtener de ella beneficiosos resultados, apostar en sus aguas un vapor que esté en íntima relación con el agente consular español a quién pudiera autorizarle para que, durante estas circunstancias, crease a sus órdenes una policía secreta.

Hágase una prudente reducción en los ejércitos de la Península y de Ultramar, y con los que teníamos ya aquí sin gravamen de consideración para el Estado, se cubrirá la guarnición que se hace elevar a poco más de la que antes había existente. Evidente es la economía que este proyecto presenta, siendo opinión común que con él, pronto el enemigo, reducido a su propia impotencia, se presentaría demandando clemencia y deponiendo las armas que un momento de extravío y ciega ignorancia les hiciera empuñar.

Los facciosos dominicanos alientan la esperanza de que el monte y el clima harán desistir a España, sin pensar que empeñado en este lance la honra nacional, ni el clima ni el monte se habrá de oponer al triunfo de la legítima causa del

Saint-Michel); Guaba (actual Goave); y Las Caobas, que mantiene el nombre original.



gobierno, pero si ese triunfo puede ser igualmente seguro sin tanta efusión de sangre ni tantas bajas por enfermedades y desembolso de cuantiosas sumas, a ello debemos aspirar.

Si del resultado que queda indicado de nueva organización de los ejércitos de la Península e Isla, rebajando la fuerza permanente a su estado mínimo, pudiera situarse en reserva en Santiago de Cuba y mejor aún en Puerto Rico, una división de cuatro mil hombres dispuesta a combatir, debiera hallarse siempre lista a embarcarse a primera orden con toda rapidez, a fin de pasar a los puntos fortificados, y como base de operaciones sorprenderlos bruscamente haciendo batidas en todas direcciones, según los terrenos y situaciones que ocupasen.

Con estas rudas amenazas, los insurrectos se verían obligados a tener sus campamentos o cantones siempre lejos de nuestras defensas, quitándoles terrenos y las ocasiones de molestar más de cerca a las guarniciones. Si así no lo hicieran, les serán destruídos aquellos con gran facilidad bajo la protección de la artillería de los fuertes, y perderían con suma frecuencia sus vituallas, etc. Conseguiríase la doble e importantísima ventaja de tenerlos constantemente en alarma, y en la imprescindible necesidad de mantenerse en pie de guerra, organizados y dispuestos a combatir a cada momento, y ciertamente con escasos elementos para ellos, si las costas estaban vigiladas como se propone, y además no podrían dedicarse con descuido a sus faenas del campo, y si algo cultivasen, ya cerca de la época de las cosechas, nos aprovecharíamos de ellas o las destruiríamos.

Merece se elija a Puerto Rico con preferencia a Santiago de Cuba, porque es más saludable y barato y porque



hallándose más cerca de la Península serían menos costosos los trasportes de los hombres, de ganado, de víveres y del material de guerra, y últimamente por estar más próximo a Santo Domingo, residencia del general en jefe, y con ventajas sobre esta capital, por muchas de las anteriores razones y por la mayor reserva de las operaciones, garantía de tanto valor en la guerra.

Las reservas del país pueden dividirse prudentemente en los citados puntos estratégicos como guías y parte de la división y los habitantes pacíficos repartidos en Santo Domingo o destinados a cultivar y poblar las cercanías de aquellos, en cuanto no perjudicasen a la mejor defensa de las fortalezas.

La publicación de un bando fijando un plazo fatal para recibir a los que quieran reconocer a S. M. la Reina y someterse al Gobierno del Estado, declarando que una vez definidos quedaban secuestrados todos los bienes de los sublevados para repartir a los leales y ponerlos en ejecución *incontinenti*, es medida que ofrece fecundos resultados de los más saludables que pueden adoptarse”.

Bibliografía

Cordero Michel, Emilio. “Características de la Guerra Restauradora”, 1863-1865. En Juan Daniel Balcácer (editor). *Ensayos sobre la Guerra Restauradora*, 2da. edición. Santo Domingo, Editora Búho, 2007. (Comisión Permanente de Efemérides Patrias 2004-2007, vol. no. 23).

De la Gándara y Navarro, José. *Anexión y Guerra de Santo Domingo*, tomo II. Madrid, Imprenta del Correo Militar, 1884. Existe 2da. edición facsimilar de la Sociedad Dominicana



de Bibliófilos, Barcelona, Gráficas Manuel Pareja, 1975 (Colección de Cultura Dominicana, vol. 9).

Gobierno Provisorio Restaurador. “Instrucciones para la guerra de guerrillas. Sección de Guerra, no. 212. Santiago, 26 de enero de 1864. Carta al general Benito Monción”. En Emilio Rodríguez Demorizi (editor). *Diarios de la Guerra Dominico-Española de 1863-1865*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1963 (Centenario de la Restauración de la República. Homenaje de las Fuerzas Armadas, 16 de agosto de 1863-16 de agosto de 1963).

Gobierno Restaurador, *Boletín Oficial*, no. 11, del 11 de julio de 1864. Reproducida por Emilio Rodríguez Demorizi (editor), en *Actos y Doctrina del Gobierno de la Restauración*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1863 (Academia Dominicana de la Historia, Centenario de la Restauración de la República, vol. XV).

González Tablas, Ramón. *Historia de la Dominación y Última Guerra de España en Santo Domingo*. Madrid, Imprenta a cargo de Fernando Coe, 1870. Existe 2da. edición de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Barcelona, Gráficas Manuel Pareja, 1974. (Colección de Cultura Dominicana, vol. 6).

Martínez, Rufino. *Diccionario Biográfico-Histórico Dominicano (1821-1930)*, 2da. edición ampliada y corregida. Santo Domingo, Editora de Colores, 1997.

Rodríguez Demorizi, Emilio (editor). *La Era de Francia en Santo Domingo. Contribución a su estudio*. Ciudad Trujillo (Santo Domingo), Editora del Caribe, 1955, passim. (Academia Dominicana de la Historia, vol. III).

